pudo el pecador conseguir su deseo. Llegó el otro cómplice, pero como la doncella estaba guardada de Dios, por las continuas voces que le daba, ni pudo rendirla ni vencerla y quedó sin suerte, como lo quedó el primero. Viendo pues que cada uno por sí no podía sujetarla, llegaron ambos juntos a acometerla; y pareciéndoles que la razón vence más que la fuerza, quisieron provocarla con algunas que le dijeron. Y viendo que ni razones ni ruegos bastaban, ya desesperados y olvidados no sólo de ser cristianos (que este olvidó desde el primer acto le tuvieron) sino de el ser hombres racionales para pensar que aquello no era deuda, ni caso forzoso que provocase a injuria, comenzaron a maltratarla y a darla muchas coces y bofetadas, mesándola cruelmente. A todo esto, ella perseveraba con más fortaleza en la defensa de su honra, llamando a Dios en su trabajo. Y aunque ellos no cesaron de impugnarla, diole Dios (a quien ella llamaba) tanta fortaleza, y a ellos así los embarazó y desmayó, que como la tuviesen toda la noche en su compañía, nunca pudieron prevalecer contra ella; mas quedó la doncellita ilesa y guardada de Dios su integridad. Venida la mañana y huyendo los agresores, fuese, sin volver a su casa, a la del recogimiento donde había estado, por guardarse con más seguridad, y contó a la madre lo que había pasado con los que le querían robar el tesoro de la virginidad; y fue recebida en la compañía de las hijas de los señores, aunque ella era pobre, por el buen ejemplo que había dado y porque la tenía Dios guardada de su santísima mano.

CAPÍTULO XLII. *Del modo que comúnmente se tiene de enseñar los niños y niñas en todos los pueblos de esta Nueva España, y de las matronas que ayudaron mucho en el ministerio de la iglesia*

TODOS LOS MONASTERIOS DE ESTA NUEVA ESPAÑA tienen delante de la iglesia un patio grande, cercado, que se hizo principalmente para que en las fiestas, cuando toda la gente se junta, oigan misa y se les predique en la capilla de fuera, que está en el mismo patio; porque en la iglesia no cabían sino los que por su devoción vienen a oír misa entre semana. A un lado de la iglesia, que es comúnmente a la parte del norte, está en todas partes edificada una escuela, donde cada día de trabajo se juntan los cantores, acabada la misa, para proveer lo que se ha de cantar a las vísperas, si han de ser solemnes y en la misa de el día siguiente, y para enseñar el canto a los que no lo saben; y asimismo para enseñarse los que tañen los ministriles e instrumentos músicos. En la misma escuela en otra parte por sí, o en la misma pieza si es larga, se enseñan a leer y escribir los niños y hijos de la gente más principal, después que han sabido la doctrina cristiana; aunque ya no se guarda esto tan inviolablemente como a los principios de la conversión, porque entonces había mucho en que esco-

ger; y así entran a aprender ahora indiferentemente nobles y comunes. La doctrina se enseñaba, y de presente se enseña, a los hijos de la gente plebeya allá fuera, en el patio; y sabida ésta, se despiden para que vayan a ayudar a sus padres en sus oficios, granjerías y trabajos; aunque en algunas partes hubo descuido de hacer esta diferencia, especialmente en pueblos pequeños donde es poca la gente, que sin distinción se enseñan todos los niños, hijos de principales y plebeyos, a leer y escribir en las escuelas (como decimos), y de aquí se sigue que en los tales pueblos vienen a regir los plebeyos, siendo elegidos para los oficios de la república por más hábiles y suficientes.

Las niñas todas, así hijas de mayores como de menores, indiferentemente, se enseñan en la doctrina cristiana por sus corrillos, repartidas por su orden; de suerte que en un corrillo se enseñan el *Per signum, Pater noster* y *Ave María;* y las que han sabido esto entran en otro corrillo, al *Credo* y *Salve regina,* todo esto en su propria lengua; en otro aprenden los *Mandamientos de la ley de Dios,* los *Artículos de la fe;* y así van, de grado en grado, por toda la doctrina, hasta saber los *Mandamientos de la iglesia* y *Sacramentos,* y lo demás de la doctrina cristiana. Y en algunos pueblos, donde la gente es más curiosa y avisada, y puesta en más policía, las mismas niñas, que ya saben toda la doctrina, ruegan a las viejas que saben otras oraciones de coro y maneras de rezar en sus cuentas que las enseñen; y piden con instancia al prelado de el convento que se lo manden. Y de esta suerte se están enseñando en los patios hasta que se casan o poco menos. Yo he tenido, siendo guardián en algún pueblo, más de trescientas doncellas casaderas, juntas en el patio de la iglesia, enseñándose unas a otras con la mayor sinceridad y honestidad que se puede imaginar. De donde se puede colegir y entender cuán diferente gente es esta indiana de nuestra nación española, y de las otras que en nuestra Europa tenemos conocidas, y con cuanta diferencia requiere su natural y capacidad ser regida y gobernada, que por no entenderse esto tan bien como convenía, por pender su gobierno de España y no tener a su rey presente, se ha perdido harto de la cristianidad y policía que en ella se pudiera obrar, y no menos de su conservación. Todas estas mozas que decimos tienen sus matronas o madres espirituales (que así las llaman ellas), señaladas por sus barrios, que las traen a la iglesia y las guardan y vuelven a sus casas; cual trae media docena, cual una, cual más, cual menos, según son los barrios de mucha o poca gente.

Demás de su guarda hay alguaciles, deputados de la iglesia, que miran por ellas. Los niños y niñas pequeños tienen viejos por guiadores, que los traen y vuelven a llevar; y estos viejos tienen los patios muy barridos y limpios, que generalmente están adornados con árboles puestos por orden y renglera, que en tierra caliente son cipreses y naranjos entreverados, que es contento y motivo de alabar a Dios entrar entre ellos; y en la tierra templada y fría, árboles que llaman del Pirú y en partes también cipreses. Y aunque dije que aquellas doncellas se están enseñando hasta que se casan, no se ha de entender que todas las indias se casan, porque muchas de ellas viven en perpetua continencia y se hallan muchas doncellas guar-

dadas; y donde menos aparejo parece que hay para el recogimiento, y más ocasiones y peligros, allí hay y se halla mucha virtud, como en las grandes poblaciones donde así como hay mayores vicios y pecados provee Dios que haya mayores obras y ejemplos de virtud y bondad que en los pueblos pequeños. Digo esto porque en esta ciudad de Mexico, que es una Babilonia llena de mestizos, negros y mulatos, demás de la multitud de españoles derramados, se hallan centenares de indios y, aunque viejas, doncellas que en tanto número de años la gracia divinal las ha conservado en su pureza y limpieza, sin casarse ni saber qué cosa es varón; y otras mozas, que con no poder evitar de salir a los mercados a vender o comprar sus menesteres, están tan enteras en la guarda de su virginidad como las muy encerradas hijas de los españoles metidas detrás de veinte paredes; que es de tener en mucho en gente tan abatida y desechada y puesta entre tantas dificultades y peligros de mal mundo para conservar la castidad.

De estas doncellas hubo en tiempos pasados muy señaladas matronas en muchos pueblos, particularmente en el contorno de Mexico, Xuchimilco, Tetzcuco, Quauhtitlan, Tlalmanalco, Tepeaca y Tehuacan; las cuales recibieron con tanta devoción y buen espíritu la doctrina de aquellos primeros padres, que desde su mocedad perseveraron en perpetua continencia, hasta la muerte, a manera de beatas; no porque ellas hiciesen algún voto (a lo menos público) mas de que voluntariamente se ofrecieron al Señor, no apartándose de su templo y servicio, ocupadas en oraciones, ayunos y vigilias a ejemplo de aquella Santa Ana, viuda, que adoró, confesó y predicó al infante Jesús en el templo, y juntamente ejercitándose en obras de caridad y virtud, a imitación de las santas mujeres que en la primitiva iglesia seguían y servían a los apóstoles y discípulos de Cristo;[1] así han servido estas beatas o matronas, y ayudando en muchas cosas en el ministerio de la iglesia, para utilidad de las almas,[2] como es en lo que arriba queda dicho de enseñar la doctrina cristiana y otras oraciones y devociones, que ellas deprendieron, a las mozas y otras mujeres que no las sabían; y adestrar como madres, y guiar las cofradías que tienen del Santísimo Sacramento y de nuestra Señora, que en todas partes son comunes; mas en pueblos grandes también tienen las del nombre de Jesús, de la Vera Cruz, de la Soledad, en la Semana Santa y del despedimiento de la Virgen y Nazareos. Todas cofradías en algunos pueblos se rigen tan principalmente, y aún más, por medio de estas matronas que de los hombres; y parece que en esta tierra les cuadra este oficio, fuera de ser la devoción más natural a las mujeres; como el bienaventurado San Agustín lo dice,[3] y la autoridad de la iglesia lo confirma, llamándolas devoto sexo femenil, porque en este clima hace ventaja el mujeriego al sexo varonil; y no es maravilla, si el principal planeta que en esta región reina las favorece y es de su parte que esto es de naturaleza, aunque la gracia sobre todo, que es la que vence inclinaciones y condiciones y contra ella no hay fuerzas ni resabios.

[1] Luc. 2.
[2] Luc. 8. Ac. Apost. 1.
[3] Div. Aug. Serm. 18. de Sanctis.

Demás desto han ayudado en el servicio de los hospitales y enfermos, y en instruir y aparejar a los ignorantes para la confesión y recepción del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. El cual ellas frecuentemente reciben, a lo menos en las grandes festividades, y en tener recogidas las mujeres solteras que se hallan andar derramadas en ofensa de nuestro Señor, cuando el ministro de la iglesia se las encomienda, y en otras buenas obras semejantes a éstas. Y puesto que en muchas partes haya habido muchas matronas de éstas entre las demás fue muy señalada una Ana de la Cruz, natural de este pueblo de Tlatelolco (que es como barrio, por sí, de esta ciudad), india devotísima y bienhechora de la orden de mi padre San Francisco, y celosa de las cosas de la religión y de el servicio de Dios nuestro señor, en cuyo tiempo, por su buena industria y diligencia, andaban con mucho fervor las cosas de la cristianidad en este pueblo. Ahora en muy pocas partes hay destas matronas o beatas que se ejerciten en semejantes obras espirituales por haberse disminuido mucho la gente que solía haber y porque dicen tienen harto que hacer en buscar lo que han menester para su sustento y pagar su tributo y otras imposiciones que siempre les han añadido.

CAPÍTULO XLIII. *De la fundación del Colegio de Santa Cruz, que se edificó en esta ciudad de Mexico, en la parte de Tlatelolco, para enseñar a los indios la lengua latina y otros ejercicios de letras*

N OTRA PARTE HEMOS DICHO CÓMO SE TRATÓ, a los principios desta conversión,[1] de enseñar latín a estas gentes, y que aunque el caso tuvo contradición y repugnancia, hubo de salir averiguado que era cosa necesaria que ya que no todos, al menos algunos lo supiesen, y así se hizo. Y donde primero se les comenzó a leer la gramática fue en el convento de San Francisco desta ciudad, en la capilla de San Joseph, adonde era su común recurso para ser enseñados en la doctrina cristiana y en todas las artes y ejercicios en que su buen padre y guiador, fray Pedro de Gante (como se ha dicho) procuraba imponerlos.[2] El primer maestro y lector que tuvieron de gramática fue fray Arnaldo de Basfacio, de nación francés y doctísimo varón y gran lengua mexicana, con quien aprovecharon en sus principios tanto, que visto su aprovechamiento por el buen virrey don Antonio de Mendoza (padre verdadero de los indios) dio orden cómo se edificase un colegio en esta parte de Tlatelolco, donde los religiosos de San Francisco tienen convento de la vocación del glorioso apóstol Santiago (como en diversos lugares destos libros se dice) para que el guardián deste convento tuviese a su cargo la administración del colegio y no embarazase este estudio a los frailes del convento mayor. El mismo virrey don Antonio

[1] Lib. 2. de Conver.
[2] Lib. 2. de Conver.